

El genio del desprecio concluye con los apartados “Polémica y una carta” (que rememora los entredichos y desavenencias entre José Miguel Oviedo e Hidalgo, además de un punto de vista al respecto de Luis Jaime Cisneros); “Perspectiva de Hidalgo” (antología de balances sobre Hidalgo a través de artículos y notas de Estuardo Núñez, Winston Orrillo, Ricardo González Vigil, Jorge Cornejo Polar, Luis Alberto Sánchez, a los que se adjuntan noticiosos apuntes del editor); y una pormenorizada y vasta “Bibliografía Comentada” —consignada por Carlos García desde la lejana Hamburgo—, la que se erige en guía imprescindible para los interesados en el estudio del peruano que alguna vez fuera postulado, desde ámbitos foráneos, al Nóbel de Literatura. Según confesión de parte, tanto a este último trabajo como a los signados anteriormente, les orienta el sentido de la vindicación y un solo empeño: que se dé comienzo a la justa revalorización del legado hidalguiano. **(Renzo Valencia Castillo)**

Marcel Velázquez Castro. *Las máscaras de la representación. El sujeto esclavista y las rutas del racismo en el Perú (1775-1895)*. Lima: Fondo Editorial de la UNMSM/ Banco Central de Reserva del Perú, 2005.

En *Historia Maldita de la literatura*, Hans Mayer demuestra el fracaso de la Ilustración. El crítico alemán prueba a través del análisis de la representación de la mujer, del homosexual y del judío en las obras más significativas de Andersen, Verlaine, Sach, Proust, Bloch, Durrenmatt, entre otros, como el proceso dialéctico de igualdad o “hermandad” nunca pudo consolidarse de manera firme en occidente. Marcel Velázquez Castro insinúa esa misma y siniestra posibilidad en *Las máscaras de la representación. El sujeto esclavista y las rutas del racismo en el Perú (1775-1895)*. En dicho texto, el estudioso busca develar el misterio de la desigualdad y la discriminación en el Perú a través de la observación crítica de

los textos peruanos literarios y jurídicos más representativos del siglo XVIII y XIX. Y dentro del enfoque de los segregados, el joven crítico se concentra en la figura estereotipada del peruano afrodescendiente. A Velázquez Castro le atrae la metamorfosis que sufre este personaje a lo largo de nuestra historia, el cual de ser un esclavo sin derecho alguno, pasa en el estadio final de las transformaciones a ser un elemento integrante de las prácticas simbólicas de la cultura criolla. Sin embargo, en este largo y tortuoso proceso prevalece siempre la mirada perenne y excluyente del otro hegemónico, perspectiva abyecta e inclemente dictada por la clase letrada y dominante de la época.

El periodo de producción literaria elegido para el estudio comprende ciento veinte años de nuestra historia: fines del XVIII hasta fines del XIX (1775-1895). Como bien sabemos, en ese tiempo la nación peruana emergía como tal, y la literatura estaba ligada al poder político; el texto literario era a su vez un texto ideológico y confirmativo de las pasiones políticas o cívicas, las fronteras escriturales no estaban bien trazadas, por lo que lo expresado en el discurso artístico bien daba valor o ratificaba al discurso político, social o jurídico. La literatura *re-creaba* realidades e identidades sociales. Por ello, Velázquez Castro ahonda en esos textos con el fin de explorar y decodificar intelectualmente la mentalidad artística y política de los personajes poderosos de la época, en el preciso momento en el cual se definían las rutas de la modernización y del capitalismo en nuestra nación y se fundaba imaginariamente las categorías y los límites de nuestra identidad nacional.

Pero esta modernización, como bien lo especifica Velázquez Castro, se definió de una manera intrincada en el Perú, en medio de una heterogeneidad temporal donde lo tradicional y lo moderno se superponían o se falsificaban. Para probarlo, el estudioso saca a la luz los apolillados estereotipos que convivían en torno a la representación del afroperuano en un periodo de ideas de avanzada y supuestamente renovadoras. De esta forma, las viejas formulas de segregación hacia los afroperuanos siguieron vigentes en los textos de

nuestras supuestas mentes ilustradas (Concolocorvo o los autores congregados en torno al *Mercurio Peruano*), en nuestras plumas liberales y reivindicativas (Flora Tristán), en el fundador del teatro nacional (Pardo y Alfága) o en nuestros románticos (Fernando Casós). Evaluando en retrospectiva este fenómeno, podemos comprender que la imposibilidad de evolucionar sostenidamente como sociedad no solo se ha dado en el plano político, social y económico, sino también cultural, literario e ideológico.

Ahora bien, para lograr su objetivo analítico, Velázquez Castro emplea la metodología de la hermenéutica social del texto. El crítico sabe bien que uno de los grandes males de nuestra crítica literaria ha sido el de pensar el análisis del texto como un oficio propio de un monasterio de clausura; un sabio ánimo seglar impulsa el afán intelectual del joven estudioso peruano, el cual le permite desplegar una multiplicidad de miras para observar un momento crítico de infinitas aristas; la literatura peruana, como ya hemos dicho, por mucho tiempo tuvo una familiaridad incestuosa con los textos políticos, históricos y jurídicos; evaluar a la literatura con mecanismos críticos "puramente literarios" sería desconocer dicho pasado y, por lo tanto, impedir desentrañar con propiedad sus misterios. Así, en el curso de sus ideas Velázquez Castro no solo se vale del análisis del discurso, sino también asimila textos históricos, sociológicos, antropológicos, estadísticos, de Derecho y de Género para sus argumentos e interpretaciones. En suma, utiliza los recursos intelectuales e interdisciplinarios que cree necesarios para salir exitoso de su empresa. Estamos ante un replanteamiento del sujeto ilustrado, quien ve al fenómeno social y textual como un hecho sólo posible de dilucidar con la lupa enciclopédica.

El libro posee tres capítulos solidamente articulados. En el capítulo I titulado: La cultura afroperuana: Género y racismo, Velázquez Castro busca responder interrogantes capitales sobre la historia de la población afroperuana, tales como el por qué del descenso de la población de afrodescendientes a lo largo de nuestra historia. Lima, en la segunda mitad del siglo XVII, fue considerada

como la ciudad con mayor presencia de afrodescendientes en el continente. Pero, luego este índice demográfico descenderá bruscamente debido a la autonegación racial, las guerras de independencia, los tratados internacionales que prohibieron el comercio de esclavos, el mestizaje, la hipergamia y la penosa actividad de los esclavos.

Además, el joven estudioso se aboca a desentrañar la etimología de la palabra “esclavitud” y “negro”. No tarda en descubrir que ambos términos poseen una etimología distinta, la primera griega, *sklávos* y la segunda latina, *níger*. Esta primera respuesta impulsaría a cualquier pensador neófito a definir que el simbolismo peyorativo de “negro” es una invención estrictamente occidental. Empero, Velázquez Castro aclara que el concepto negativo de “negro” también se encuentra presente en el pensamiento mítico andino: *Ccallac Pacha Tuta* alude al tiempo de las tinieblas donde reinaba el caos y el desorden. De esta forma, el inconciente colectivo peruano posee una visión denigrante del “negro” gracias a una doble vertiente de paradigmas: el andino y el occidental. Luego de determinar el doble origen de nuestra concepción racista, el crítico peruano define algunas de las categorías de género utilizadas en la operación segregadora. El estudioso se preocupa por demostrar cómo el papel de la mujer negra, como jornalera o ama del hogar, le dio otra posición, mucho más articuladora con la sociedad colonial y luego republicana, en comparación con el varón esclavo circunscrito al ámbito del campo y alejado del acontecer social. Este hecho, permitió a la mujer esclava tener otras potestades incluso horizontales con los sujetos sociales de clases distintas. Otro asunto importante de este primer apartado es la definición del “sujeto esclavista”, compleja categoría con que el crítico peruano codifica al discurso enunciador ora jurídico, ora literario, que configura al esclavo o al afrodescendiente desde una mira totalmente distante y absolutamente representativa del pensamiento hegemónico social de la época. Entender al sujeto esclavista es clave, pues permite comprender el sistema racista moderno contra los afrodescendientes; sistema exitoso cuyo vigente efecto central es la segregación sociocultural y la

exclusión socioeconómica y política de los afroperuanos. A nuestro juicio, la categoría “sujeto esclavista” tiene un campo semántico muy sugerente: reconoce la doble condición del discurso literario como un elemento binario, en el cual se conjugan la dimensión textual y la dimensión subjetiva. Mediante la categoría de sujeto esclavista, el crítico peruano señala la supervivencia del pensamiento homogéneo de una clase a lo largo del periodo histórico analizado y, a su vez, devela sin tapujos ni ensañamientos los nombres propios de los responsables intelectuales de la marginación de los afrodescendientes.

En el capítulo II: Los espectros literarios del sujeto esclavista, Velázquez Castro analiza los textos más referenciales del periodo ya establecido, y devela al sujeto esclavista que subyace en los textos de Pardo, Tristán, Carbonera, Lavalle y Palma. Como en su primer libro, *El revés del marfil*, el joven crítico peruano busca desenmascarar a nuestras supuestas autoridades culturales y exorcizar nuestro templo literario de aporías e idolatrías, con el saludable fin de problematizar discursos canónicos y de reordenar el pabellón de nuestros escudos y valores ideológicos. Pero, a su vez, Velázquez Castro busca incorporar nuevos textos al canon literario. La producción de Casós y de Gorriti son comentados con extensión por el crítico, pero nunca de manera concesiva ni gratuita sino mostrando su fatal correspondencia ideológica con el periodo.

Este capítulo permite ver, de manera descarnada, la estrategia segregadora del sujeto esclavista en diversos textos literarios representativos. El análisis indefectiblemente empieza con Pardo y Aliaga, quien incorporó el habla del afroperuano con éxito en *Frutos de la educación*, y sumó, de esta forma, un componente heterogéneo y transcultural a su obra. Sin embargo, en dicho escrito el fundador del teatro nacional denomina al afroperuano como “negro”, con lo cual reafirma la alteridad con el “blanco”, símbolo de la clase social hegemónica. Por su parte, Flora Tristán en *Peregrinaciones de una paria* defiende al esclavo de manera abstracta o teórica, pero Velázquez Castro demuestra con contundencia y pruebas textuales cómo el personaje Flora no puede tolerar físicamente la presencia

del esclavo. Incluso en más de un pasaje repite la denominación de "negros" para nominarlos y utiliza motivos típicos del sujeto esclavista: deshumaniza o bestializa al hombre esclavo en su descripción y asocia con la estupidez y la prostitución a la esclava. Por último, los esclavos representados por Tristán carecen de voz y tan solo lloran. El texto de Flora Tristán le permite a Velázquez Castro resaltar la contradicción entre teoría y praxis del sujeto ilustrado, el cual nunca pudo entablar con eficiencia una comunicación con el otro. Por otro lado, el crítico analiza la obra de la autora argentina Juana Manuela Gorriti, una de las primeras autoras de folletín en el Perú. En su novela *El ángel caído*, se señala la idea del deseo del esclavo negro por la mujer blanca. Gorriti transgrede así uno de los tabúes de nuestra literatura con dicha temática. Por otro lado, en los textos de Casós, *Los amigos de Elena* y *Diez años antes*, el escritor decimonónico logra constituir dos novelas auténticamente románticas por el discurso crítico a su coyuntura política y social. En dichos textos, Casós destaca la voluntad de rebelión de los esclavos y sus cualidades artísticas, aunque no renuncia a la idea del criado fiel en sus representaciones. Un hecho llamativo ocurre en la novela *Salto atrás* de Lavalle, donde se incorpora de manera simbólica la propia negación de la identidad negra de un mulato. Esta negación de la propia sangre de una clase subalterna en un sujeto es una operación de supuesta afirmación social lamentablemente muy utilizada aún en nuestro medio. Por último, de su sesuda lectura de las *Tradiciones peruanas* de Palma, Velázquez Castro deduce que los personajes negros tienen una participación secundaria en la trama y siempre son enunciados con términos despectivos y violentos. En suma, en todos los textos citados el sujeto esclavista tiene algunos motivos muy comunes al representar al esclavo o al personaje negro, tales como: la incidencia en la servidumbre y fidelidad, el temor a la violación de las mujeres blancas, las estrategias discursivas de deshumanizar o bestializar al esclavo o de anular sus facultades comunicativas orales o simplificar su mundo interior. Así, el crítico encuentra que estos motivos repetitivos en nuestra literatura decimonónica sirvieron para

sostener el *statu quo*, reforzar la dominación social y alimentar las ideas de exclusión del afrodescendiente.

En el tercer capítulo: Imágenes fantasmagóricas: El sujeto esclavista y La comunidad política, Velázquez Castro ahonda en el aspecto jurídico del sujeto esclavista y discute la configuración del código de ciudadanía establecida en el inicio de la vida democrática peruana. El crítico analiza con propiedad algunas de las razones del fracaso de los proyectos políticos hegemónicos emprendidos durante el siglo XIX. Los proyectos políticos hegemónicos se inspiraron en modelos europeos incapaces de incorporar voces y perspectivas nacionales provenientes de otras comunidades en el espacio público y dentro de la representación de las letras, asunto vital que hubiese cohesionado a la comunidad peruana. Así, la fundación de la nacionalidad fue elaborada de manera artificial y estableciendo rígidas fronteras y poderosos cinturones de castidad a los grupos subalternos tales como los afrodescendientes.

Luego, el estudioso analiza el código de ciudadanía, el debate intelectual en torno a la abolición de la esclavitud y los textos que cuestionan la paródica democracia del XIX. Velázquez Castro descubre que aún luego del "oportunista" dictamen de abolición de la esclavitud dado por Castilla, el personaje negro siguió recibiendo connotaciones negativas típicas del periodo histórico. El afroperuano es visto como el responsable de la perversión moral y de la ruina mental del pueblo, tal como se puede comprobar en la lectura de los textos de Manuel Atanasio Fuentes y en algunos pasajes de los poemas de Pardo y Aliaga, así como en el análisis de la iconografía periodística del periodo. En esta nueva etapa de libertades jurídicas, el solapado racismo se convierte en un racialismo (conjunto de ideologías forjadas a fines del XIX en Europa para demostrar la superioridad de una raza y la inferioridad de otras) por momentos declarado. En dicho contexto, nuestro pensador más moderno, el paradójico González Prada reniega de aquellas posturas que intentan sindicar la existencia de razas inferiores, pero en su retórica utiliza adjetivos denigrantes relacionados con el campo semántico del esclavo.

González Prada inaugura una línea de pensamiento moderno y crítico con nuestras instituciones, pero fue incapaz de incorporar a la comunidad de afrodescendientes en el nuevo estado que configura.

El texto de Velázquez Castro busca repensar las ideas forjadoras de la nación a partir de la detección y negación de ciertos paradigmas de exclusión. El proyecto nacional-criollo y el proyecto indigenista no pudieron forjar una idea de nación inclusiva y auténticamente integradora. Por el contrario, intentaron reivindicar posiciones clasistas o buscaron homogeneizar artificialmente a la nación peruana negando los elementos disidentes, y descartando la evidente pluriculturalidad del Perú. El esfuerzo intelectual de Velázquez Castro pretende replantear esa idea de nación. Por ello, propone, desde el ámbito académico e intelectual, una mirada menos altiva y más amplia donde los sujetos subalternos no existan, donde la literatura no repita o infiera autoridad a los males culturales y sociales, donde tomemos conciencia del origen de los estereotipos, y desterremos del discurso literario las falsas tendencias liberales y las arcaicas formas y prejuicios representacionales. Y en dicha operación Velázquez Castro desmascara al sombrío personaje que representa y legitima nuestra identidad; su faz horripilante, monstruosa y vigente indefectiblemente nos avergüenza y nos horroriza, pero a su vez nos incita al autocuestionamiento, a la reflexión, a la búsqueda y construcción de un modelo que posea el sinfín de rostros e ideas en el cual, sin ningún tipo de maquillaje, ni caretas podamos reconocernos fácilmente. **(Moisés Sánchez Franco)**

Mario Bellatin. *Perros héroes*. Lima: Editorial Matalamanga, 2006.

Con *Perros héroes*, Mario Bellatin (México, 1963) vuelve a trabajar esa veta explorada en *Salón de Belleza* y *Poeta ciego*, novelas en las que se representa la interiorización del autoritarismo en la sociedad. Sin embargo, esta última entrega supera a las dos anteriores en